

EL RÁPIDO

UN WESTERN
A LA ESPAÑOLA

**CURRO
JIMENEZ**





Un western a la española

CURRO JIMENEZ

- **EL BANDOLERISMO ESPAÑOL
A EXAMEN:
NI AVENTURA CRUEL
NI ROMANTICISMO PURO.**
- **CUATRO O CINCO DIRECTORES
AL FRENTE
DE LOS PROGRAMAS.**

La cosa ha empezado con el pie derecho. El episodio piloto, que sirvió de introducción a la larga historia y aventuras de Francisco Antonio Jiménez Ledesma, fue uno de esos pilotos de altura, con los que puede echar a volar cualquier serie de televisión que quiera tenerse por tal. Un compañero y amigo en las labores críticas ha escrito eso de que «Curro Jiménez» puede convertirse en el «Sanchokán» de Radiotelevisión Española. El compañero y amigo jugaba con el doble retruécano del apellido del protagonista de «Curro» y de la fama populista y estentórea de Sandokán.

— 43

UNO, personalmente, no cree que la cosa llegue tan lejos porque bien sabida es la resistencia que el español tiene a mitificar sus valores a menos que estos valores hayan traspasado ya los umbrales de la eternidad, pero no cabe duda de que —por lo que pudo verse— «Curro Jiménez» apuntó todos los elementos imprescindibles para hacer de una serie de televisión un éxito popular: gente guapa, aventura a todo pasto, exquisita planificación del relato —se le notaba a Romero Marchent su larga costumbre de hacer cine del Oeste—, división de las gentes en buenos-buenos y en malos-malos (cosa muy plausible cuando se quiere despertar una simpatía inmediata en el espectador), protagonismo de la gente del pueblo tal como conviene a cualquier época democrática, valentía a la española y rebeldía natural frente a la injusticia. Pilar Velázquez daba una muchacha de pueblo auténtica, exótica, pero, por eso mismo, ambicionada y querida por el señorito del lugar; Sancho Gracia está muy en lo macho y «tirao palante»; y Lola Lemos lloraba unas lágrimas tan de madre, que conmovió al auditorio sin mayor esfuerzo.

Es decir, que «Curro Jiménez», de seguir así, va a colmar las largas esperanzas que todos hemos cifrado en la posibilidad de que Televisión Española tenga algún día su propio horno de telefilmes para que así no nos veamos en la mendicante necesidad de recurrir con tanta frecuencia a los hornos extranjeros. Que ya está bien eso de que nos surta constantemente Norteamérica, pero que es que, ahora mismo, nos estamos surtiendo también de los restos de los italianos y de los residuos de los franceses.

ESTE CURRO ES NUESTRO CURRO

El tío está bien plantado y se merece todas las alabanzas de las mujeres. Voz grave y varonil, facha sin presunciones, gallardía sin sarcasmos, honradez como se quería en los tiempos en que le tocó vivir, tierno como una azucena cuando se acerca a la mujer, bravo como un toro de cualquiera de aquellas serranías, cristiano viejo a la vieja usanza. Sancho Gracia —a quien le ha gustado conocer de cerca el terruño en que nació y creció y sufrió Curro Jiménez—, ha dicho que en «Ronda viven aún los últimos parientes de los últimos perseguidos por la justicia que se echaron al monte a lomos de sus caballos. La viuda de uno de ellos suele decir de su marido: "Machos como él ya no quedan". Yo conocí el lugar de donde se tiró cuando era perseguido por la justicia, y había que echarle valor, sin duda alguna».

En lo que parece que no se puede estar muy de acuerdo con una primera visión de «Curro Jiménez» es en esa idea



● Un buen mozo español que da el tipo: Sancho Gracia.

● Y un ramillete de bellezas: Pilar Velázquez, Emma Cohen, Claudia Gravy, Mary Paz Pondal, Patty Sheppard...

injustamente extendida de que Francisco Antonio Jiménez Ledesma fuera un bandolero al uso, un tío que se tiró al monte porque era perseguido a causa de los delitos cometidos en el pueblo. Lo que el episodio inicial nos ha contado no es la descripción de un bandolero nato y sin escrúpulos, sino la rabia desesperada de un hombre honrado al que se hiere injustamente en lo más sagrado e íntimo de sus afectos: el de la casa y el de la honra. Hijo del barquero de Cantillana, es víctima de los manejos del cacique del lugar: a la muerte del padre, se queda sin la concesión municipal del servicio que prestaba la barca para trasladar viajeros y mercancías de orilla a orilla del Guadalquivir. El problema ha sido viejo problema e inveterado abuso en los caciquismos de los pueblos españoles. Especialmente cuando andaba de por medio el buen palmito de alguna muchacha a la que pretendía algún miembro allegado a la familia del cacique. Eran los residuos del derecho a pernada. Ya que a pernada no —dicho sea con la crudeza del caso—, sí, al menos, a llevarse a la vicaría a la mejor y más lozana moza del lugar. Francisco Antonio Jiménez Ledesma es humillado brutalmente en presencia de la muchacha y concibe la idea de una venganza llevada a cabo cara a cara, de hombre a hombre, conforme a la brutal honradez de que se hacía gala en la época. Y ahí, tras la muerte de los cuatro felones que le dieron la soberana paliza comienza todo. Una España elemental en su injusticia, tropieza con una España elemental en su venganza. Y el hombre que ya no va a poder vivir en paz en las encaladas calles de su pueblo, se verá obligado a vivir a salto de mata en la serraña de Ronda, en las cercanías de Alcolea, evistando desde lejos la nostalgia sentimental de Cantillana.

CUATRO O CINCO DIRECTORES

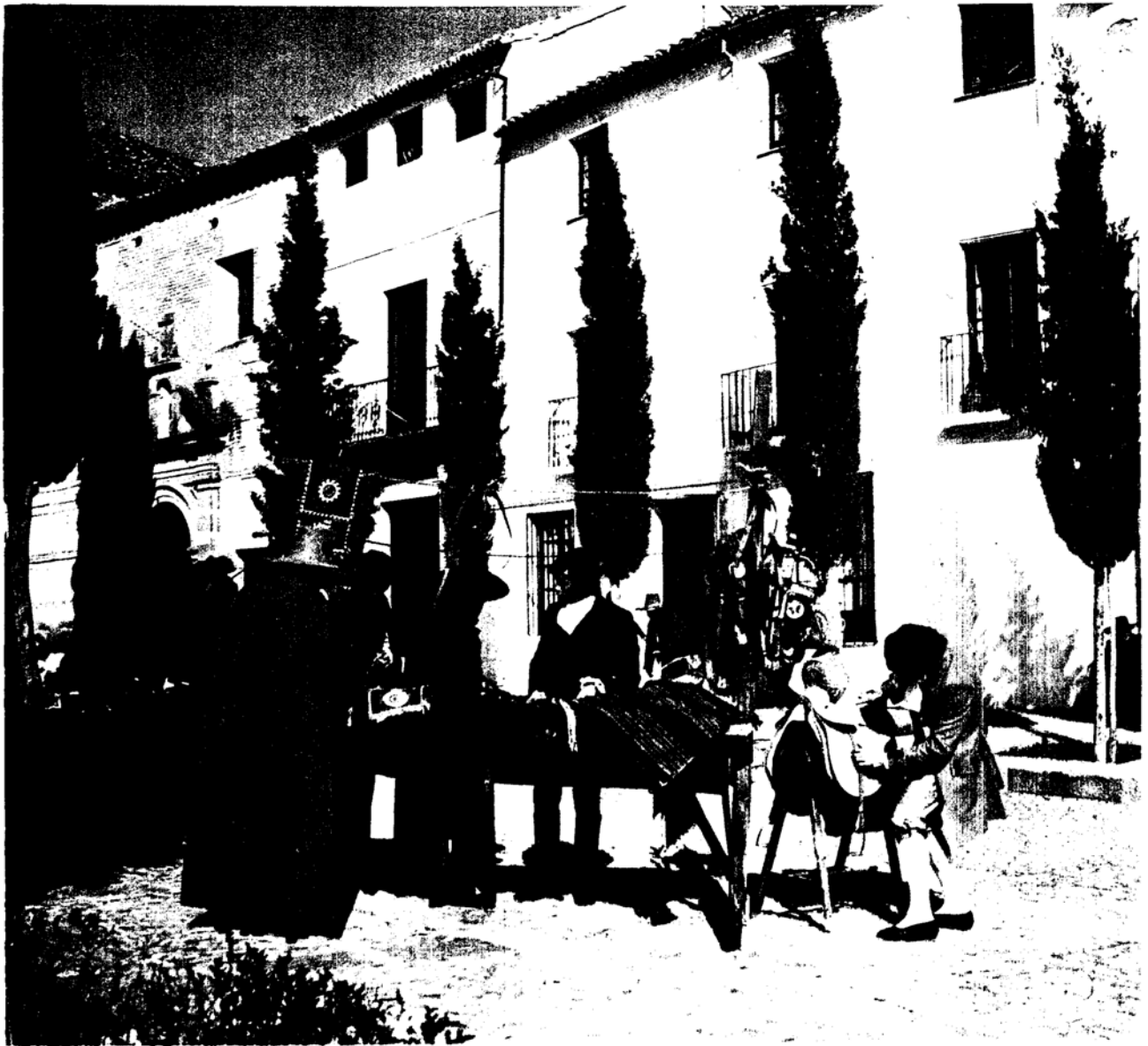
«Curro Jiménez», conforme a la vieja costumbre de Televisión Española, iba a ser una serie



de trece episodios. Antonio Larreta, el guionista, debió concebir así la serie tras desechar, sin duda, mucho material disponible. Porque si hay un universo literario del que se pueda echar mano con más fantasía que realidad —pero es fantasía, es el florecimiento legendario de la historia— es ciertamente el universo literario que narra, a como salgan, las aventuras de nuestros bandoleros más famosos: Diego Corrientes, Jaime el Barbudo, José María el Tempranillo, Capa Rota, El Pernalles, Juan Caballero el Lero... Todos ellos, con mayor o menor for-

tuna, han pasado además, al tesoro del habla popular. De tal forma no ha sido difícil enhebrar en torno a ellos la corona del romanticismo y de la mitificación. Hace algunos años —bastantes ya—, el cine español hizo un primer intento de dejar las cosas de los bandoleros en lo que verdaderamente habían sido. Porque hasta entonces sólo se habían producido esos filmes rituales y poco críticos en que al bandolero se le pintaba como una especie de héroe social que regalaba a los pobres lo que robaba a los ricos, que enamoraba a todas las

condesas y que tenía que andar a salto de mata de monte en monte, porque era perseguido por la siniestra policía de unos reyes absolutistas y feroces. La leyenda —como se ve— tenía algo de verdad y contenía muchas suertes de mentira. El bandolero era un desarraigado, ciertamente, pero sus virtudes humanas iban desapareciendo en la misma medida en que se veía obligado a defender su pellejo cada mañana y cada noche contra los que le perseguían de lejos y los que le traicionaban de cerca. De Diego Corrientes se ha repetido muchas



veces el famoso juicio de Hernández Gibol: «Era vivo, astuto, de incansable robustez; poseía un valor temerario, una audacia sin límites y le rodeaba una llamarada de extraordinaria generosidad».

Ya don Julián Zugasti, gobernador que fue de Córdoba, intentó una desmitificación del bandolero para dar al traste con todas las coplas de ciego, romancillos populares, folletines, falsos folklores. José Santugini se sirvió de muchos de estos elementos de Zugasti para escribir el guión de «Carne de horca», la película a que más arriba se hace referencia. Y Ladislao Vajda, dentro de la discreta calidad de su cine, dio al relato de Santugini una fuerza épica que convirtió el filme en el ejemplo de desmitificación más serio que tenemos por el momento.

No parece que «Curro Jiménez» vaya por este camino de desmontar la figura de Francisco Antonio Jiménez Ledesma. Más bien podría pensarse tofo



lo contrario. Por de pronto ya se sabe que la serie no va a ser en ningún momento la obra sólida de un solo director, sino —al estilo norteamericano— son cuatro o cinco los directores que se han encargado de los distintos episodios de la serie: Romero Marchent, Rovira Beleta, Antonio Drove, Mario Camus y quién sabe —si las cosas resultan bien— si no entrará en juego alguno más. En el reparto también hay figuras como para tomar y dejar. Al nombre de Sancho Gracia, que es el hijo, se unen los de los miembros más habituales de su partida: Alvaro de Luna, Paco Algora, José Sancho... Ellas, las bellas, serán igualmente muchas porque muchas debieran de ser las que se sintieron ligadas de una forma u otra —sentimental o imaginativamente— a la arrolladora popularidad de Curro. Ahí están, para lo que quieran mandar ustedes, los nombres de Lola Lemos, en la madre; Pilar Velázquez, en la guapísima novia del otro día; Emma Cohen;

Claudia Gravy; Mary Paz Pondal, Patty Sheppard... Lo que le pasó a «Curro Jiménez» es que su aventura fue una larga aventura que empezó por una venganza de tipo pueblerino y terminó en un enfrentamiento a las tropas napoleónicas que habían invadido el territorio nacional. El hombre del campo y del monte no distinguía demasiado entre quienes le habían arrebatado su derecho al oficio de barquero de Cantillana y quienes le intentaban arrebatarse su derecho inalienable al suelo que estaba pisando en su propio país. Su único romanticismo quizá radica en esta hermosa confusión. Lo demás es ya la aventura. Una aventura que —repetimos— ha empezado con muy buen pie en Televisión Española y a la que sólo cabe desearle que siga con idéntica fortuna. La noche de los domingos se merece un programa de esta calidad y con estos seguros ingredientes.

J. DUALTE